



Un repartidor de Deliveroo, la semana pasada en el centro de Madrid. / JAIME VILLANUEVA

La revolución tecnológica ahonda las diferencias entre puestos cualificados bien pagados y un creciente número de trabajadores que prestan servicios en peores condiciones

## Los precarios de la nueva economía digital

LUIS DONCEL, Madrid

En el medio año que lleva en su actual trabajo, José Arcadio no ha visto ni una sola vez a su jefe. No sabe cómo se llama. Ni siquiera si es hombre o mujer. Solo recibe mensajes a través de una aplicación que le informa adónde y cuándo debe ir. José Arcadio trabaja para la empresa de reparto de comida Deliveroo. O, más exactamente, aporta sus servicios como autónomo. Es, como él dice con sorna, "empresario" de su propio cuerpo.

Como él, más de 1.000 repartidores o, como la compañía prefiere llamarlos, *riders* prestan sus piernas para que una multitud de personas reciban en sus casas u oficinas comida recién salida del restaurante. Deliveroo es solo la punta de lanza de una revolución tecnológica que no deja de crear nuevos empleos, destruir otros y que, muy probablemente, acabará por modificar todos. "La econo-

mía digital va a erosionar bruscamente la relación tradicional entre empleado y empleador", aseguraba en su número de este mes *Finance & Development*, la revista que edita el FMI.

José Arcadio —en realidad no se llama así: elige este nombre para guardar el anonimato a la hora de criticar a quien le da de comer— es una prueba de esta nueva realidad. Presta sus servicios

todos los días a Deliveroo, pero no guarda ninguna relación con el gigante de la comida a domicilio: la bicicleta que se ha convertido en su compañera más fiel la aporta él; y si tiene algún accidente o avería, algo muy habitual en el sector, el problema es solo suyo. Incluso la caja con el logo de la empresa donde viaja la comida corre de su cuenta: desembolsó 60 euros en depósito por ella y un so-

porte para el móvil. "Es un negocio redondo. No es que minimicen los costes: es que no tienen ninguno", asegura en una terraza del centro de Madrid.

Carl Benedikt Frey, codirector del programa de Tecnología y Empleo de la Universidad de Oxford, es probablemente uno de los mayores expertos del mundo en este tema. En un artículo reciente, este prestigioso economista sueco

aseguraba que, en contra de lo que podría parecer a primera vista, la presencia de Uber no ha reducido el número de taxistas en las calles de EE UU. Más bien al contrario, ahora hay más. Pero los nuevos competidores sí contribuyeron a que los salarios de los taxistas se redujeran en torno al 10%. Contactado por este periódico, Frey asegura que el proceso de digitalización es todavía muy reciente como para extraer conclusiones definitivas.

"La economía colaborativa ofrece un simple intercambio: más libertad y flexibilidad a cambio de menos seguridad en el trabajo. Los cambios legislativos podrían, sin embargo, modificar este equilibrio. Así que por ahora no hay ningún efecto inevitable sobre el mercado laboral", responde Frey en un correo electrónico.

No hay efectos inevitables, pero sí síntomas de que algo está pasando. Esta semana Barcelona

## Un fenómeno que va a más

**Sin contrato.** El número de personas que prestan servicios sin una relación laboral ha aumentado en los últimos años. Diversos estudios estiman que en Estados Unidos entre 40 y 68 millones de personas están en esta situación. Cerca del 40% pertenece a la generación *millennial*, según MBO Partners.

**Ingresos extraordinarios.** Un informe de JPMorgan Chase comparaba el 0,5% de adultos estadounidenses que en 2013 había obtenido ingresos a través de plataformas de economía colaborativa sin relación laboral frente al 4% de 2016. Un estudio de McKinsey estimaba ese mismo 4% en países como España, Francia, Alemania, Reino Unido o Suecia.

**Más derechos.** Un tribunal británico obligó el año pasado a Uber a reconocer a sus conductores como empleados, y no como autónomos, lo que forzó a conceder beneficios como un salario mínimo o vacaciones.



Un conductor de la firma Cabify en una calle de Madrid este viernes. / JAIME VILLANUEVA

creó su primera asociación de ciclomensajeros, esos jóvenes con aspecto de deportista que recorren las ciudades a golpe de pedal transportando objetos para empresas como Glovo o Stuart; o comida para Deliveroo o UberEats. Hace unos meses en Madrid se dio un paso similar. "El ciclomensajero que trabaja para una *start up* no tiene un centro de trabajo. Son como *homeless* a tiempo parcial", escribieron los responsables de la agrupación madrileña. Su homóloga barcelonesa, la plataforma Riders por derechos, presentó el jueves un decálogo de peticiones ante la "progresiva precarización" que padecen.

Algunos colectivos sienten que las nuevas empresas digitales sirven para restar derechos laborales. Pero los expertos no tienen claro aún los efectos finales de un cambio tan gigantesco. La economista Sara de la Rica alerta sobre una polarización creciente: las

empresas competirán por captar el talento de los trabajadores más cualificados; mientras que un importante grupo de trabajadores sin las habilidades necesarias para adaptarse a los nuevos tiempos se quedará atrás, con condiciones cada vez más precarias. Se les exige cada vez más flexibilidad, en beneficio de la empresa.

"En España, la reforma laboral ha permitido disminuir los salarios de entrada. Los grandes perdedores son los jóvenes que hoy se integran al mercado laboral, con niveles salariales equivalentes, en términos reales, a los de 1990", añade esta catedrática de Economía de la Universidad del País Vasco.

Pero los cambios no afectan solo a los sueldos. La revolución digital también ha sacudido el tipo de relaciones en torno al puesto de trabajo. El modelo de contrato de 40 horas semanales con un mes de vacaciones va cediendo pe-

## Trabajadores de Madrid y Barcelona se asocian para exigir mejoras

### Las 'start ups' dan más flexibilidad a cambio de menos seguridad laboral

"El riesgo se traslada de la compañía a los empleados", dice una catedrática

so ante fórmulas más flexibles. En detrimento, en muchas ocasiones, de la parte más débil de la cadena. "El riesgo se ha trasladado de la empresa al trabajador", concluye la profesora De la Rica. Estos nuevos proletarios del siglo XXI ganaron una batalla el año pasado, cuando un tribunal británico dictaminó que la empresa estadounidense Uber debía considerar a sus conductores como empleados, y no meros autónomos, confiriéndoles el derecho a vacaciones y un salario mínimo.

Arun Sundararajan, autor de *Economía colaborativa: el fin del empleo y el auge del capitalismo de masas*, detecta dos procesos paralelos: por una parte, las nuevas plataformas tecnológicas permiten organizar la actividad con autónomos a los que se les pide más o menos trabajo en función de las necesidades; y por otra, los avances en inteligencia artificial y en robótica presagian la automatiza-

ción de actividades complejas, como la abogacía, consultoría y transporte. "La unión de estos dos factores deriva en un mercado laboral en el que los contratos a tiempo completo se romperán en proyectos y tareas", escribía este profesor de la Universidad de Nueva York en la revista *Finance & Development*. Uno de los principales riesgos de este proceso es el aumento de la desigualdad.

### Más desigualdad

La socióloga Belén Barreiro aborda este peligro en su nuevo libro, *La sociedad que queremos*. "La tecnología refuerza la brecha social, contribuyendo a aumentar las desigualdades", asegura en conversación telefónica la expresidenta del CIS. Fernando Encinar, cofundador del portal inmobiliario idealista, apunta que no solo los trabajadores poco cualificados van a sufrir el impacto de la digitalización. "La robotización no supone un gran riesgo para actividades como atender un bar o colocar ladrillos, y sí para determinadas profesiones donde los algoritmos pueden ser eficientes, como la gestión de renta variable", señala Encinar, que destaca que más del 90% de los 500 trabajadores del grupo idealista tienen contrato indefinido. "Para nosotros es fundamental atraer y retener el talento. Y la certidumbre laboral es un activo muy importante", concluye.

Los empleos ligados a la nueva economía van más allá del transporte. Abarcan desde gigantes de la economía colaborativa ya muy populares como Blablacar o Airbnb hasta aplicaciones menos conocidas que ofrecen una legión de trabajadores invisibles dispuestos a limpiar su casa, hacerle la compra u ocuparse de los encargos más engorrosos. Son todo comodidades para los clientes de esta nueva generación de *start ups*. Comodidades que proporciona el trabajo de gente como José Arcadio. "Para mí lo peor es que la empresa no tenga ninguna responsabilidad ante lo que nos pueda pasar. Aunque a mí por ahora me compensa la flexibilidad de este trabajo", asegura mientras apura su cerveza, poco antes de alejarse montado en la bicicleta en la que está a punto de pasar su jornada laboral.